

Ramón Griffero, autor y director de esta inquietante tragedia contemporánea, se interna, esta vez, en un camino apenas recorrido por este género: ¿Cómo accede un joven, de este tiempo, a la santidad?, ¿cuál es la verdadera senda que él debe recorrer? Hombre de su tiempo, el autor aventura soluciones, búsquedas y decisiones terminales, dejando el camino abierto al espectador para que éste descubra o proponga las soluciones correspondientes.

OBRA Y PUESTA EN ESCENA

"Extasis" es un auto sacramental contemporáneo y en él Griffero avanza en su capacidad narrativa y en el tratamiento de sus personajes. Mantiene la influencia que el cine y sus estructuras tienen en sus trabajos escénicos, al igual que lo visual y lo sugerente. En este caso, las escenas cortas y su dinámica nos sitúan en el teatro expresionista y, en particular, en Bertold Brecht, pasando de la pasión a la farsa y de ésta a un hiperrealismo apenas disimulado.

Esta complejidad impone a los actores una entrega y efectividad enormes para evitar excesos, en ocasiones soslayables. El director mueve a los actores con habilidad de coreógrafo y compone grupos y trabaja movimientos y personajes con audacia, creatividad y amplio registro. La escenografía simple, la iluminación importante, el aporte de Andreas Bodenhöfer componen un todo significativo, en



LA CRITICA DE YOLANDA MONTECINOS

"Extasis", ¿el camino a la santidad siglo XX?

cada paso de la acción. El tema no es simple ni fácil, no entretiene, sino cautiva el interés intelectual del espectador y sólo así es factible que se comprendan ciertos pasajes y actitudes del protagonista.

Esta obra fue aceptada por la Curia de Veroli, pueblo italiano de gran tradición religiosa que la incluyó y aprobó como parte de su Festival Internacional de Teatro realiza-

do este año. Este hecho constituye un respaldo vital para esta producción escénica en su temporada en el Teatro Nuval de Santiago. Así, la vía que recorre el protagonista exorcizando, solitario y sufriente, su propio infierno interior -entre el sexo y el crimen, la promiscuidad y el sida- le conduce al logro real (¿o imaginario?) de sus anhelos de santidad.

EL ELENCO

Compleja la obra; difícil la labor del elenco. Claudio Rodríguez despliega con ciertas limitaciones de voz (fluidez y claridad) una intensa jornada que le compromete más allá de lo estrictamente técnico. Honesto y serio, logra, en ocasiones, el extraño misticismo u obsesión que la obra precisa. Verónica García-Huidobro aporta particular encanto, picardía muy latina y la dosis de ingenuidad que su rol de María requiere. La abuela, representada por Margarita Barón, quizás algo monocorde, tiene momentos de mayor elocuencia cuando vive sus crisis religiosas. Marcelo Abarca muestra condiciones y un talento que pueden perfeccionarse en el futuro inmediato, en especial por ciertas sutilezas psicológicas que lo destacaron del resto del disciplinado elenco. En síntesis, una obra que mueve a reflexión, no entretiene ni divierte, pero arriesga y arremete en pro de su planteamiento no convencional.